

La torre de cubos

Laura Devetach

Ilustraciones de Natalia Colombo





www.loqueleo.santillana.com

© 1966, LAURA DEVETACH
© 2011, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4646-4
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Ilustraciones: NATALIA COLOMBO

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Devetach, Laura

La torre de cubos / Laura Devetach ; ilustrado por Natalia Colombo. -
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.
120 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Amarilla)

ISBN 978-950-46-4646-4

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Colombo, Natalia , ilus. II. Título.
CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

La torre de cubos

Laura Devetach

Ilustraciones de Natalia Colombo

loqueleg

*A todas las maestras y todos los
maestros que hicieron rodar
estos cuentos cuando no se podía,
¡muchas gracias!*

Este libro nació en 1964, cuando mi hija mayor dibujaba monigotes en las paredes y jugaba con los cubos amarillos y rojos que le había hecho su papá. Fue mi primer libro para los chicos, y aunque muchas de las cosas que allí cuento parecen fantásticas nacieron de la realidad.

Yo vivía en Córdoba, en un barrio donde a veces los padres se afligían porque sus hijos terminaban rápido los cuadernos, y ellos no podían comprarles otro enseguida. Era un barrio donde se podía dibujar monigotes en las paredes, con carbón, ladrillo o lo que encontraran, porque las paredes

eran menos importantes que los chicos. Donde a la tardecita se sentaban en el patio de mi casa y escuchaban un cuento de tres marineritos que no conocían el mar. Porque ni ellos ni yo conocíamos el mar. Entonces lo inventábamos juntos.

A veces yo viajaba a Buenos Aires. Me gustaba pasear cerca del Obelisco. Un día, ahí nomás, delante de mí, vi un deshollinador que parecía escapado de un dibujo. Y claro, le di trabajo en un cuento.

¿Y ustedes? ¿Dibujaron monigotes en alguna parte? ¿Hicieron torres con algunas cosas? ¿Plantaron semillas, cuadernos o algo así de estrafalario? Si me lo quieren contar, pongan en un sobre un silbidito como el de Mauricio y ¡lo mandan!

LAURA DEVETACH

La torre de cubos

“**M**i tren es un gusano amarillo y rojo”, pensó Irene. “Chucuchuf, chucu-chuf, chucu-chuf”.

La hilera de cubitos se deslizaba sobre los mosaicos pulidos. La niña los empujaba de atrás salpicando el piso con un poco de saliva cada vez que decía “chucu-chuf”.

Mamá no estaba. Tardaría en regresar trayendo su aromática bolsa llena de frutas y verduras. Cuando volviese, Irene la asaltaría y clavaría los dientes en el jugo abultado de las uvas. Entre tanto, armaba cosas con sus cubitos amarillos y rojos, y hablaba con ellos mientras sentía el frío de los mosaicos.

“Haré una torre inmensa, como una víbora parada con la cola”.

Pero la idea le pareció un poco simple y decidió hacerle una ventana en el medio, como si la víbora se hubiese tragado una uva de las que traería mamá. Pero una uva del tamaño de una manzana.

Rojo, amarillo, rojo, amarillo, uno, dos, siete, ocho. Ahora, cuidadosamente, una tablita plana en equilibrio. Sobre la tablita, un cubo en cada extremo. Sobre los dos cubitos, otro uniéndolos y otra vez rojo, amarillo, rojo, amarillo. La ventana estaba lista en el medio de la torre. Era así, chiquita. Como para que se asomase una persona del tamaño del dedo pulgar de Irene. La torrecita temblaba de miedo de romperse, pero se mantenía firme.



Justo cuando Irene colocaba con suavidad el último cubo se le ocurrió la idea de mirar a través de la ventana.

Primero parpadeó tres veces. Luego, cinco; porque desde el otro lado una cabra le sacó la lengua. Irene dio vueltas alrededor de la torre, pero solo veía mosaicos y los cubos que habían sobrado.

Se agachó nuevamente, espionando por el agujerito, y la cabra le dijo: “¡Meee!”. Irene no sabía qué pensar. Espió de nuevo. Había colinas azules y muchísimos durazneros en flor. Las cabras blancas subían y bajaban por una montañita de todos colores.

Detrás de la ventana Irene no veía nada. Solo su aburrido piso de mosaicos. Delante de la ventana tampoco. Intentó pasar una pierna

por el agujero, pero la punta de su zapato era demasiado ancha. ¿Y sus piernas? ¿Y su cintura? ¿Y su gran cabezota amarilla? No, no podría pasar, ni podría jugar con las cabras en las hermosas colinas.

Metió un dedo y una cabrita se lo lamió. Irene lo retiró, asustada. Dio varias vueltas alrededor de su torre, pero no encontró nada nuevo.

El vendedor de tortas, después de esperar largo rato que le abrieran la puerta de calle, entró y le ofreció una riquísima masa cuadrada cubierta de azúcar.

—No —le dijo Irene, apurada porque se fuera para poder seguir mirando por la ventana de la torre.

—¿No? —preguntó el viejo—, siempre te gustaron, ¿por qué hoy no?

—Estoy ocupada. Tengo que mirar por la ventana de mi torre.

—¿De esa torre?

El índice color madera señalaba la finísima torre de Irene.

—Sí, es una torre muy rara. Tiene cabras y colinas azules adentro. Me gusta más que tus tortas de azúcar.

—¿Puedo ver yo también?

El viejo dejó su canasto dulce en el suelo y de rodillas espío por la ventanita.

—¡Ja ja! —rio—. Esas cabras son muy maleducadas.

—¿Dónde están? ¿Podrías decirme dónde están? Detrás de la torre no hay nada, delante tampoco. Yo no puedo atravesar ese agujero.

—¡Hum...! —meditó el viejo, agachado frente a Irene. Su rostro misterioso se mostraba preocupado—. ¿Probaste pasar por sobre la torre?